

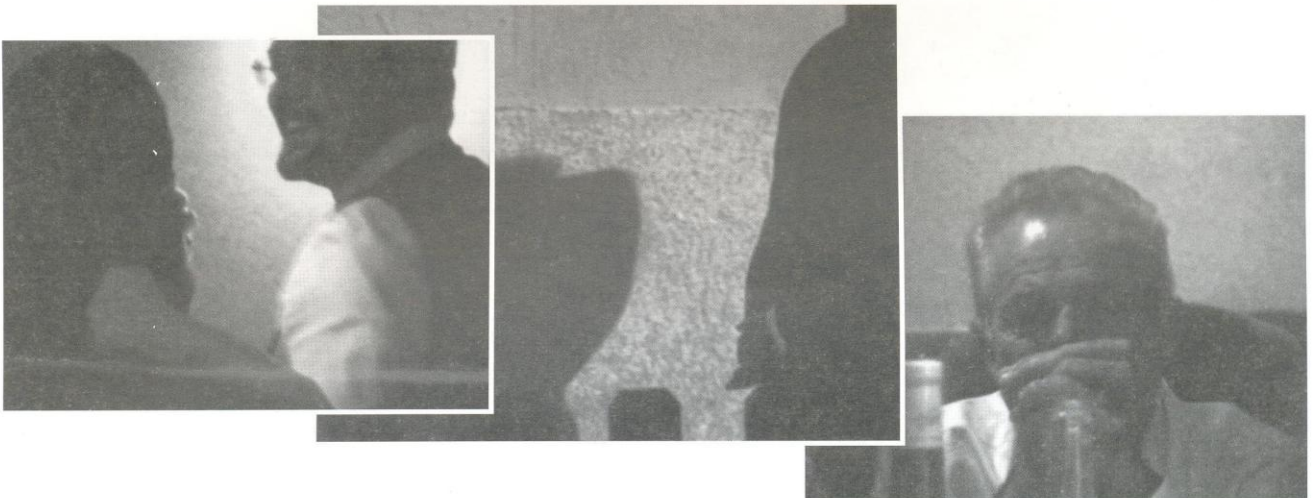
Quién ha hecho ESTO antes

[A propósito de *Mirar es un pecado*, de Nicolás Melini]

NICOLÁS MELINI

MIRAR ES UN PECADO (15 min.) insinúa una historia romántica teñida por una noticia trágica. El cortometraje, que está rodado en digital y Hi-8 con el propósito de “robar” a la vida gran parte de lo que rodea a los hechos, mezcla planos documentales con la propia ficción, fomentando que la realidad se inmiscuya en la película. No se trata, por tanto, de contar una historia, sino de ir un poco más allá, de transmitir al espectador algunas cosas de las que el cine convencional no se ocupa nunca.

Fotogramas de *Mirar es un pecado*, de Nicolás Melini



Nada más lejos de mi intención que ser o resultar original. Bien es sabido que la originalidad no existe. El cine, como todo tipo de expresión artística, es un arte combinatorio. Lo que sí existen son las mezclas interesantes, más o menos afortunadas. Cuando, hace unos años, surgió el movimiento *Dogma*, se alumbró una idea estimulante. Se podía hacer cine en vídeo. El vídeo digital iba a “democrati-

zar” el cine y cualquier persona que tuviese algo que contar podría hacerlo. No era distinto de lo que, cincuenta años antes, esperaban del 16 milímetros algunos miembros de la *Nouvelle Vague*. La *Nouvelle Vague* se equivocó, el dieciséis milímetros no democratizó el cine —probablemente el vídeo tampoco lo consiga—, pero ellos hicieron sus películas, y cincuenta años después algunos de aquellos cineastas (Rohmer, Godard) si-



Fotogramas de *Mirar es un pecado*, de Nicolás Mellini



guen fieles a los rasgos expresivos que han ido descubriendo y... por supuesto, cuando lo han visto claro, también ellos se han dejado seducir por las ventajas y facilidades de este nuevo formato, el digital. Curiosamente, *Dogma 95* surge como un movimiento que, entre otras cosas, arremete contra esta anterior vanguardia, diciendo implícitamente en su manifiesto (el Decálogo) que la *Nouvelle Vague* se adoceno y aburguesó y acabó degenerando en un “cine cosmetizado: ilusiones para representar emociones”. Pero cómo vamos nosotros a renunciar ahora al placer cinematográfico que nos han proporcionado, a lo largo de cincuenta años, la segunda mitad de la historia del cine, los bellos “cosméticos” de estos autores. Cuando me planteé hacer *Mirar es un pecado* pensé que lo mejor, lo más ajustado a lo que quería transmitir, era rodar el corto en vídeo, como esos iluminados de *Dogma*, pero decidí utilizar la cámara de un modo muy diferente a ellos, porque no era un corto *Dogma* lo que quería hacer, sino buscar, descubrir, ahora que intento aprender a hacer el cine que me gustaría, una expresividad del lenguaje propia, lo más personal posible. Y así, curiosamente, resulta que he debido entroncar *Dogma 95* con *Nouvelle Vague*, en lo que, finalmente, me parece un chiste, una broma que me divierte tanto, entroncar un movimiento precisamente con aquel otro del que despotrica. Era de justicia poética, supongo. Porque, al fin y al cabo, todo cine que intente buscar algo ignoto en la expresividad del lenguaje resultará ser cine de vanguardia; cabe en el mismo saco, contra lo que pretendían estos nuevos dogmáticos. *Nouvelle Vague* y *Dogma* son la misma cosa, aunque las películas de unos y de otros no se parezcan. Y *Mirar es un pecado*, el primer cortito de un director que apenas intuía su deuda con unos y con otros, acaba remitiendo —aunque sea vagamente— a otras vanguardias que también han sido. Incluso a Cassavetes, claro —una vanguardia en sí mismo—, que acaso sea la verdadera madre de mi cordero